

A 35 años del magnicidio de

KENNEDY

REFLEXIONANDO

EN EL TIEMPO

POR ORLANDO MÁRQUEZ

HACE 35 AÑOS, EL 22 DE NOVIEMBRE DE 1963, FUE asesinado John Fitzgerald Kennedy, Presidente número 35 de los Estados Unidos. “El Sexto Piso” del antiguo edificio que servía como depósito de libros, frente a la Plaza Dealey, es hoy un museo dedicado al Presidente y a la Historia de aquel país. Allí fue hallado el “nido del francotirador”, minutos después del asesinato. La muerte de Kennedy continúa siendo un misterio para muchos y la verdad se pierde en una nube densa, casi imposible de despejar por el momento. Y probablemente el rompecabezas no se podrá armar totalmente después de tanto tiempo, según afirman los defensores de la teoría de “la conspiración”.

Un nuevo volumen, **Asesinato de un Presidente**, elaborado por un trío de autores norteamericanos, trata de reafirmar la teoría de la conspiración. Estos autores no tienen las pruebas concretas, ni siquiera un blanco específico para apuntar una acusación. Aportan determinadas evidencias, bastante fuertes, sin duda, que permiten inclinar la balanza hacia la teoría antes señalada. Según los autores, el primer Presidente católico de los Estados Unidos había logrado ganarse gran cantidad de enemigos en los 1000 días de su gobierno, desde el entonces Director del FBI, Edgar Hoover, hasta determinadas facciones poderosas dentro de la Agencia Central de Inteligencia, pasando por grupos radicales de cubanoamericanos -debido al fracaso de la invasión de Playa Girón o Bahía de Cochi-

nos-, miembros del Ejército -por su intención de retirar las tropas de Vietnam y no repetir una nueva invasión a Cuba-, y miembros del crimen organizado.

Según los mismos autores, Lee Harvey Oswald, acusado del asesinato, no pudo actuar solo, como afirma el reporte de la Comisión Warren que investigó el crimen, y llegan incluso a plantear la hipótesis de que Oswald, aparentemente conocedor del complot y asesinado él mismo ante las cámaras de la televisión el domingo 24 de Noviembre por Jack Ruby -presuntamente vinculado al crimen organizado-, probablemente no llegó a disparar, pues fue visto en una cafetería del segundo piso del edificio minutos antes del crimen y no hubiera tenido tiempo de limpiar el arma, esconderla y bajar cuatro pisos por una

estrecha escalera para estar en el mismo lugar 90 segundos después del hecho, tomando un refresco. Otro dato que se añade, es que se escucharon disparos, y se registraron en grabaciones revisadas posteriormente, en intervalos de 1,6 segundos y 0,6 segundos, secuencia imposible para un tirador que utilizara el rifle hallado, un Mannlicher-Carcano 6.5 mm, el que, según los entendidos, no puede disparar dos veces en menos de 2,3 segundos.

Pero quizás la más fuerte evidencia de conspiración sea la misma víctima: Kennedy fue herido por la espalda, pero otras dos balas impactaron el cuerpo del Presidente supuestamente desde el frente, cuando ya daba la espalda al Depósito de Libros. Una entró por la garganta, la otra, definitivamente fatal, penetró en la cabeza saliendo por la parte posterior de ésta. La Comisión Warren declaró definitivamente que una sola bala había provocado su muerte, además de haber herido al Gobernador John Connally, quien ocupaba el asiento frente al Presidente.

El hecho en sí mismo, reforzado con aquellas impactantes imágenes —reproducidas en el filme JFK de Oliver Stone—, estremece la conciencia e invita a la reflexión. “En la tarde del 22 de Noviembre de 1963, América perdió su inocencia con la muerte del Presidente John F. Kennedy”, escribió Robert Groden en el mencionado libro. Quizás una frase rebuscada con buenas intenciones de sensibilizar la conciencia de una nación. Pero todos sabemos que la inocencia de América, es decir Estados Unidos, y la de cualquier otra nación, se perdió hace mucho tiempo.

La muerte de John F. Kennedy no es más que otra manifestación de la violencia, en este caso bien conocida por la posición social de la víctima. Probablemente a esa misma hora, en aquel u otro país, un crimen semejante se repetía y no tuvo difusión. La violencia no reconoce jerarquías y es siempre la misma, como acto deliberado que parte de una interpretación errónea de la libertad o del derecho de unos sobre otros, para actuar de forma irracional, provocando incluso la muerte, cuando peligran privilegios o posiciones, o se quiere alcanzar determinados privilegios y posiciones.

Cuando la Iglesia habla de la necesidad de fomentar una cultura de la vida, es porque lo contrario fácilmente degenera en un desprecio por la vida. El atentado fallido o no contra un presidente, la aniquilación en masa de distintas etnias, el aborto, el atentado a Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro, la acción sangrienta de los escuadrones de la muerte en América Latina, el holocausto judío, los crímenes de las dictaduras militares en nuestro Continente, el maltrato que un policía manifiesta a un delincuente en New York o La Habana, los desmanes que tanto Botha como Winnie Mandela practicaron en la época del Apartheid en Sudáfrica, demuestran que ninguna cultura está exenta de violencia, que el poder mal empleado puede ser opresivo e

inhumano, o sentar las bases para que se manifieste la violencia social, y que nuestra naturaleza, desnuda de altos valores trascendentes, se degrada en sí misma cuando asumimos el papel de semidioses todopoderosos para prevalecer, como individuos o como grupo, sobre otros.

La violencia no es más que la ausencia de derechos o el no reconocimiento de los derechos del otro como persona humana, y se manifiesta tanto entre individuos comunes de una sociedad o desde posiciones de poder, pues aunque alguien halla cometido crímenes execrables, mantiene su condición como persona, que sí debe someterse a la ley para reparar el daño si fuera el caso, pero no a la “ley” arbitraria de una o más personas.

Con frecuencia se critica a los que se esfuerzan por la paz y la reconciliación como ilusos y tontos, se les ridiculiza o se les anula; en ocasiones se les provoca la muerte. Pero la labor por la paz es un compromiso que todo hombre y mujer deben asumir, preferiblemente desde el propio hogar, para no tener que acceder después a las tribunas internacionales y hacer denuncias que podrían evitarse. Al final, en la mayoría de los casos, los crímenes contra la humanidad, los atentados contra las personas individuales o los grupos humanos, tienen su origen en una enseñanza o formación torcida carente de valores, recibida en las primeras etapas de la vida.

El misterio que rodea la muerte del Presidente norteamericano, según los autores de la obra citada, es como un eslabón perdido en el hilo histórico de su nación. Para los que vemos desde el exterior, es un atentado contra la paz tan lamentable como cualquier otra muerte causada por la intolerancia política, religiosa o de cualquier índole, expresión máxima de la violencia social, que en ocasiones se presenta en forma de sanción injusta o una golpiza, un asesinato o un asalto. Porque “la paz no es solo ausencia de guerra... la paz no puede alcanzarse en la tierra sin la salvaguardia de los bienes de las personas, la libre comunicación entre los seres humanos, el respeto de la dignidad de las personas y de los pueblos, la práctica asidua de la fraternidad” (CIC, N° 2304).

Por estos días se gastarán muchos recursos en conmemorar el cincuenta aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Ojalá no fuera necesario recordarlos tanto, sería una prueba de su puesta en práctica.

La vida humana merece vivirse y merece respeto, pero el respeto no es sólo no atentar contra la vida, sino dejar vivir la vida que hay en otros, procurando el bien común sin menospreciar el bien individual. Cuando Pablo VI afirmaba que la vida humana es sagrada desde el momento de su concepción hasta el último instante de su supervivencia natural en el tiempo (Cf. Evangelii Nuntiandi), pensaba en la vida iniciada y desarrollada a plenitud, la nuestra y la de otros. Esa es la verdadera grandeza humana, de lo contrario permaneceríamos como simples “animales superiores”. □